

DESDE MI VENTANA

Lourdes Vázquez



4^a
edición

Un relato autobiográfico
pleno de amor y optimismo

Lourdes Vázquez

DESDE MI VENTANA



DOCE
CALLES

ÍNDICE

Prólogo.....	9
Introducción.....	13

PRIMERA PARTE

1 La vida antes de yo nacer	17
2 Mi infancia. La vida sin mi madre y con mi padre	23
3 Puerto Real en los años cincuenta	29
4 Mi padre	33
5 Las manías de mi padre	35
6 Los vecinos Pasqueo y Juanito	41
7 Mi madre y el manicomio.....	45
8 Mi tía María.....	55
9 Mi padre tuberculoso	59
10 Mi escuela.....	61
11 Mi comunión y mi valioso vestido	67
12 La muerte de mi padre, alivio y tristeza en nuestras vidas	69

SEGUNDA PARTE

13 La vida cotidiana con mi madre fuera del manicomio	75
14 Mi vecina Tití	87
15 Juegos juveniles	91
16 Mi vecina Pilar	99
17 Crisis nerviosas de nuestra madre	103
18 Las aventuras de la noche.....	107
19 La azotea	113
20 Camino al sanatorio	119
21 Sanatorio de tuberculosos.....	123
22 Cabeza de familia. Mis primeros trabajos.....	129
23 La lotería.....	137

24 Mis clientes y amigos de la lotería	143
25 Miles de maneras de ganar dinero	151
26 Mis ratitos de respiro	155
27 Excursión a la Cachucha	163
28 El hospital de Puerto Real.....	167
29 Las chanclas de Pepi.....	171
30 Clases particulares de Manolo	175

TERCERA PARTE

31 El regreso de mi hermana	181
32 Viaje a Málaga.....	187
33 La Feria de la Primavera.....	189
34 Felisa y Pepe López, el médico del pueblo	193
35 El logro. Conferencias del Movimiento por un Mundo Mejor ...	197
36 Vuelta a mi vida cotidiana en Puerto Real y partida a Bilbao .	207
Epílogo	215

PRÓLOGO

Conocí a Lourdes Vázquez Sánchez unos meses antes de que tuviese lugar, en Bilbao, la presentación de la primera edición de este libro. Un sobrino suyo dejó en mi casa, de Puerto Real, unos teléfonos para que la llamase a la mayor brevedad posible. Así lo hice y de esta forma pude hablar por primera vez con Lourdes quien, sin muchos preámbulos, me planteó «que averiguase la razón de su nombre de pila, RAFAELA, con el que no se sentía muy a gusto, que precisaba saber para dar término al libro que se hallaba escribiendo».

Repuesto de la sorpresa que me produjo tal requerimiento pero seducido por el tema, me puse a la tarea de «averiguar por qué Lourdes en realidad se llamaba RAFAELA». Así lo hice, creyendo haber ayudado a aclarar la razón de tal nombre y la relación e influencia, explicada en el libro, que tuvo en su nacimiento la casa y la familia del Almirante Pascual Cervera Topete, personaje del siglo XIX, hoy ya patrimonio de la historia de España, del que me honro en ser descendiente.

Animado por este primer éxito acepté con gusto prologar su primera edición y presentarla en el Palacio Eskalduna donde nació en 2008, para los lectores, *Desde mi ventana*, poniendo fin a las duras singladuras de su gestación. Aquel día su libro veía la luz en la ciudad que le acogió en su juventud, donde creó su familia alcanzando la plenitud y donde anidó una parte importante de su corazón.

En la presentación de la primera edición en 2008 en Bilbao, me esforcé por intentar ayudar a escenificarlo ante quienes suponía podían

estar ajenos de un pueblo, en muchos sentidos lejano, donde tenía anclada la primera parte de su vida y al que yo llamé su patria chica del Sur, compañera infatigable de sus pensamientos, que siempre conservó en lugar preferente de sí misma con un profundo cariño.

Aquel día, al finalizar sus palabras con ese estilo suyo, sin complejos, tan andaluz, tan de pueblo llano, tan sencillo y tan directo, pensé que había hecho un esfuerzo baldío al comprender que Bilbao tenía la más relevante embajadora que Puerto Real y Andalucía jamás pudieron soñar, y en los acordes finales de «Andalucía espiritual» sonando a todo volumen por los altavoces del Euskalduna, dejándose sentir toda la fuerza de nuestra tierra de la mano e inspiración de Felipe Campuzano, sentí emoción y orgullo porque así fuese y de poder ser testigo de excepción del sentido y cariñoso aplauso con el que el público, allí presente, acogió aquella obra que tan sencillo alumbramiento había tenido en un pueblecito de la Bahía Gáditana en el otro extremo de España.

Con esta tercera edición puedo de nuevo felicitar me de haber colaborado con la obra literaria, creada por quien nacida y criada aquí ha de ser «escritora» que tenga su sitio entre los que han sabido plasmar para tiempos venideros los avatares de una época y entre los gaditanos que nos han transmitido los usos y costumbres de nuestra tierra y hoy al haberse agotado las dos primeras ediciones de su obra, vuelvo a reivindicar también dos razones para dar rienda suelta a nuestro orgullo.

La primera por el significado que tiene esa obra, que representa el triunfo del esfuerzo ante el fatalismo que con tan terca insistencia se deja sentir en nuestro ser andaluz, frustrando el ánimo de lucha que con uno mismo ha de sostenerse cuando el destino nos es adverso y la fortuna nos da la espalda.

La segunda, porque a partir de hoy todos los que vivimos como propio ese pueblecito de la Bahía de Cádiz, disponemos, para nuestro mejor entender, el retrato certero y detallado de una época a la que, los que la vivimos, podremos asomarnos a veces con pena otras con alegría

y siempre con nostalgia, y los que no la vivieran se asomarán para reflexionar y aprender de ella.

Este libro tiene su lectura más profunda e interesante desde la sensibilidad ante el sufrimiento humano, y es así como fluirán sus renglones por las venas del lector para tomar posesión de su corazón y de su mente, y así es como lo más íntimo de su ser se opondrá a que quede para mañana la lectura del siguiente episodio.

Querido lector, *desde mi ventana* nos trae un canto de amor y de esperanza, enseñanza viva muy en especial para los que sufren adversidades en la infancia, mostrando que es posible vencer al fatalismo del destino si cada día no se permite que el ánimo decaiga. Cuando la suerte deambuló por la senda que marcaba su camino, pilló a nuestra protagonista dispuesta, con el alma despierta, la mente activa y el trabajo hecho, esperándola con fe y, tras muchos sufrimientos, la atrapó y obtuvo su merecida recompensa.

El que escribe estas letras vivió los primeros momentos del alumbramiento de su obra en Bilbao allá el año ocho de este siglo y hoy no puede otra cosa que, admirado, felicitar a la escritora Lourdes Vázquez por haber llegado a esta, su tercera edición, con la misma tenaz fuerza que emprendió años atrás su escritura.

Puerto Real, mayo de 2015
Guillermo Cervera Govantes

INTRODUCCIÓN

Un retrato del pasado, una vida llena de recuerdos y una infancia que no deja pasar el tiempo. Si no puedo explicar a todo el mundo todo lo que he hecho, mi trabajo habrá sido en vano.

Lo más importante para mí es llegar a ver algún día que la crueldad desaparece de las vidas de los niños del mundo. Que quien quiera triunfar, triunfe, y que quien se quiera condenar, se condene, pero que no lo haga a costa de los más inocentes.

Si hubiese tenido una ayuda me habría comido el cielo y la tierra.

PRIMERA PARTE

LA VIDA ANTES DE YO NACER

Las generaciones de una familia marcan un estilo de vida, por ello antes de hablar de mí considero importante contar la vida de mi abuela, mi madre y más allá relatar mi propia historia.

Eran los últimos años del siglo XIX, y mi abuela Filomena vivía en Sevilla. Fue allí donde, en 1892, se casó con Pedro Marín Rodríguez, procedente de Sanlúcar la Mayor. Se trataba de un señor culto con un alto cargo en la Armada, concretamente en el cuerpo de Infantería de Marina. Era un hombre de cejas y pelo oscuro, barba poblada, frente espaciosa... con aire bueno. Su primo era un canónigo de la catedral de Sevilla que años más tarde, en tiempos de la Guerra Civil, desempeñaría uno de los papeles más importantes en la educación de la descendencia que habría de tener mi abuela. El matrimonio entre la abuela y el capitán tuvo como fruto un hijo llamado Antonio Marín.

Eran momentos difíciles, de inestabilidad política y social. En Cuba, entonces una provincia española más, José Martí declaró en 1895 la guerra de Independencia contra España, aunque su lucha había comenzado mucho antes. El primer marido de mi abuela fue enviado allí el 10 de junio de 1894 en un batallón, embarcado en el vapor correo español *Cataluña*, que zarpó desde el puerto de Cádiz para unirse al ejército de operaciones. Lo cierto es que Pedro Marín fue herido de un tiro en la cabeza en una de las batallas entre Matanzas y La Habana. Aquel incidente le sirvió para ser recompensado en 1896 con la cruz de plata con distintivo rojo, reconocimiento que iba acompañado de una pensión vitalicia para mi abuela de 7,50 pesetas mensuales. No

fue enviado de vuelta a casa hasta tres años después, y desde entonces su salud no dejó de empeorar hasta que le llegó la muerte.

La pensión, que apenas alcanzaba el sueldo medio de la época, sirvió a mi abuela para criar a su hijo Antonio. Tras superar la tristeza que le produjo su temprana viudedad, decidió casarse de nuevo. Su segundo marido, el que sería mi abuelo, era contraamaestre de la Marina Mercante. Aquel matrimonio que empezó con tres miembros no tardó en crecer, primero con mi madre, que nació en Chipiona, luego con mi tía Gloria, que vio la luz en Cádiz y, finalmente, con mi tía Aurelia, que nació en Santander, adonde habían destinado al abuelo.

No puedo decir que mi abuelo fuera un buen hombre. Desde que se casaron, mi abuela sufrió continuos malos tratos, hasta tal punto, que la situación se volvió insostenible para toda la familia. El primero que logró escapar de aquella terrible situación fue Antonio, que, impotente, regresó a su Sevilla natal en el momento de alcanzar la mayoría de edad. Tras dejar atrás el dolor y el pesar de una familia llena de palizas, fue acogido por su familia paterna, que conservaba un buen estatus y le pudo proporcionar una buena educación.

Con el tiempo mi abuela Filomena murió en Santander. Era joven todavía, y la salvación de mi madre y mis tías fue la visita de mi tío Antonio, que aprovechó para recogerlas y refugiarlas en Sevilla, ya que su padre nunca quiso hacerse cargo de ellas. Así que, sin encontrar oposición, se dirigió a Sevilla y, ayudado por sus familiares, con la mediación del primo canónigo de su padre y de otra prima que era madre superiora de un convento, las ingresó en el colegio La Santísima Trinidad para que obtuvieran una buena educación. Tanto mi madre como mis tías adoptaron el apellido Marín, el de su hermano, que gozaba de buena reputación en la ciudad.

La mujer de Antonio, Dolores, tuvo también una gran influencia en la educación de mi madre. Todos los fines de semana la acogían en su casa con mucho cariño, que ella se ganaba con sus buenas formas y su manera de ser, y su cuñada le ayudaba a poner en práctica todo lo aprendido durante la semana.

Transcurrió así el tiempo, tranquilamente, y ya llegada su adolescencia, mi madre fue de vacaciones a Cádiz en una excursión organizada por el colegio. Allí conoció a Antonio. El que habría de ser mi padre vivía en realidad en Puerto Real, pero coincidió que ese día él también había acudido a la capital, para visitar a su hermana María.

El caso es que se enamoraron y desde entonces él no dejó de ir a Sevilla a verla los fines de semana, hasta que un día fue para llevársela con él y se casaron en Puerto Real.

Mi madre era alta, guapa, alegre y muy educada. Llamaba la atención por donde iba en Puerto Real, ya que traía el estilo de la ciudad, y destacaba por su buena educación. El pueblo de Puerto Real nunca modificó su manera de pensar respecto a sus costumbres. Era la única de la vecindad que sabía leer y escribir, educación que fue reconocida por todos ellos, ya que las vecinas le pedían ayuda con los documentos importantes de impuestos, facturas...

Lamentablemente fue pasando el tiempo, y su vida empezó a ser un calvario. La historia de malos tratos se volvía a repetir a lejanos kilómetros de Santander. El matrimonio fue doloroso y tormentoso, desde el principio recibió palizas. Tuvieron un primer hijo llamado Antonio. Lo llamaban Antoñito para diferenciarlo de mi padre. Fueron años complicados, y mi hermano enfermó de meningitis, que le quitó la vida con solamente 4 años. Fue un momento terriblemente duro y complicado para ella, ya que se le juntó el dolor de la muerte de su primer hijo con el dolor físico de las continuas palizas. Este fue el inicio de los problemas mentales de mi madre. Era tal la depresión que sufría en silencio, que atormentaba todos sus pensamientos.

Más tarde nació mi hermana Carmen, fruto de una educación y de una cultura en la que había que aguantar y soportar todo frente a la imagen pública de entonces. Continuos malos tratos tantos físicos como psíquicos, que la marcaron para siempre. Mi madre tuvo que buscar ayuda y escapatoria en Sevilla, en la casa de su cuñada Dolores. Eran continuas las borracheras de mi padre en las que perdía totalmente el control. En aquellos tiempos mi hermana Carmen era muy



pequeña y yo ni siquiera había nacido. Mi madre encontraba refugio y consuelo durante pocos días porque mi padre siempre iba a buscarla. No había escapatoria ninguna, quisiera o no, ese era el poder machista de mi padre. Mi madre, impotente, se sublevaba, sin opción a correr a ningún sitio. Enfrentamientos continuos que dominaban el carácter de mi madre, creándole cada día más incertidumbre, mayor malestar y, por supuesto, incrementando su enfermedad mental.

La historia continuó igual cuando yo estaba en el vientre de mi madre, ya que yo también recibía los malos tratos. Los expertos dicen que todo empieza antes del nacimiento, las emociones de la madre — euforia, depresión, estrés— influyen en el desarrollo cerebral del bebé, que puede sentir toda su tristeza y su sufrimiento. No solamente se heredan los genes maternos sino también su historia.

Debido a su progresivo deterioro, en los años cincuenta mi madre llegó a ser internada en repetidas ocasiones en el manicomio de Capuchinos, en Cádiz. Situado frente al mar, en el Campo del Sur, esta institución acabó desapareciendo y hoy ha sido reemplazada por viviendas y un colegio que mantiene su mismo nombre, el de la iglesia contigua de Santa Catalina, cuyos frescos pintaba Murillo cuando un movimiento en falso le hizo caer del andamio para encontrar la muerte.



MI INFANCIA. LA VIDA SIN MI MADRE Y CON MI PADRE

MI NACIMIENTO

No es de extrañar que naciese en un caluroso y soleado día, pues en mi tierra, Andalucía, el sol luce más de 298 días al año. El 1 de abril de 1951 vine al mundo en mi casa, en el número 2 de la calle Vaquero de Puerto Real (Cádiz). Era una casa humilde. Había dos habitaciones junto a una cocina muy pequeña que funcionaba con carbón. Fue la habitación de mis padres la que escuchó mi llanto por primera vez, aquella que daba a la calle Vaquero.

La habitación que me cobijó aquel día era blanca de cal, con un par de retratos, uno de la boda de mis padres y otro de mi madre cuando era soltera. La cama de hierro de color plata y patas gordas, con una colcha roja, y el suelo de ladrillos que se limpiaba con sosa mezclada con arena y esparto. Con una pequeña ventana que daba al mar, a unos cincuenta metros de la bahía de Cádiz y San Fernando. Seguramente en el mismo instante de mi nacimiento, fui capaz de percibir el olor del mar, olor que durante mi infancia marcó en mí una sensibilidad especial hacia él. Era como un cuadro, el mar estaba como una balsa y los barquitos no se movían, la luna llena se reflejaba en el mar, era algo hermoso, de no poder olvidar jamás.

Durante aquellos tiempos lo más común era que los partos ocurrieran en las propias casas. No era necesario ir a los hospitales porque era la comadrona la que acudía a asistir los nacimientos de la gente humilde.

Mi casa estaba en un edificio con más de siete vecinos, y todos se volcaban siempre en ayudar al resto, y más aún si se trataba del nacimiento de un bebé. Entre ellos las ollas de agua calentada con carbón subían de todas las casas con gran ímpetu. Con la característica de que echaban romero en las brasas para proporcionar un olor ambiental en los partos. Era muy tradicional entonces, en cuanto olías ese aroma eras capaz de reconocer que había nacido una vida nueva. Así que ese día el edificio de la calle Vaquero número 2 tuvo el olor impregnado en cada una de sus esquinas.

En la habitación, siempre al lado de mi madre, estuvo Carmenchosa, la vecina más anciana de la casa. Una señora canosa, de pelo largo pero siempre recogido con un moño bajo. Era de estatura media, aunque su joroba le hacía parecer más bajita. Su vestimenta era un hábito marrón de la virgen del Carmen, muy usado entonces, debido a una promesa que había hecho para que su marido volviese de la Guerra Civil. Si hasta hoy ha llegado el uso de hacer promesas como el Camino de Santiago o el Rocío, entonces eran comunes otras como la de vestir el hábito de la virgen que escuchaba las plegarias: el marrón de la virgen del Carmen, el de la virgen de Lourdes —por la que me pusieron mi nombre—, que es un hábito blanco con un cordón azul celeste...

Carmenchosa era una mujer de gran paciencia y bondad, que desde mi nacimiento estuvo a mi lado.

Según supe por mis vecinos, aquel fue un parto angustioso. Mi madre, ya desquiciada con su constante inestabilidad mental, no hizo las cosas fáciles. Las vecinas estaban alerta. La señora Rego permaneció en el pasillo durante todo el parto vigilando por si hacía falta su ayuda.

En el mismo instante en que nací, fui separada de mi madre ante el temor de las vecinas de que me ocurriera algo, pues había perdido la razón.

—Yo no he parido —decía mi madre.

—No has parido tú, he sido yo —le contestaba mi vecina Carmenchosa para tranquilizarla y protegerme.



Mi madre fue incapaz de darme el pecho. En esos años era muy importante la lactancia, por eso tuvieron que buscar pechos de alquiler en el pueblo. Mi tía Aurelia me recogía en casa cada mañana y cada tarde, y recorría las calles conmigo envuelta en una manta, buscando a las recién paridas para procurarme el alimento.

Fueron unos meses duros, porque mi necesidad de alimento era constante, y las lactantes empezaron a cansarse, o quizá simplemente es que ya no les quedaba leche para mí. Uno de aquellos días, mi llanto era tan incansable, que mi tía Aurelia, impotente tras buscar sin éxito por las calles, desesperada empezó a llorar conmigo. Y tomaron la determinación de comenzar a darme otro tipo de alimentos que compensasen la falta de leche materna. Era mi segundo mes de vida cuando probé por primera vez las papillas de harina, que me preparaban con la ayuda y el cariño de todos los vecinos.

Mi padre era el encargado de lavarme y cuidarme durante mis primeros meses, pero su irresponsabilidad era tal, que delegaba la mayoría de sus obligaciones en mi hermana Carmen, de tan sólo 7 años. Cuando ya había cumplido mi primer año, hubo un día en que lo único que había en casa que se pudiera comer era un melón. Era muy tarde pero mi padre no había llegado aún y mi hermana, viendo mi desesperación a causa del hambre, decidió darme un poco, y al ver que me lo comía —¡tenía tanta hambre!—, al final me dio medio melón. Cómo iba a saber ella, tan pequeña, lo malo que era el melón para una cría. Cuando vio lo mal que me había sentado, corrió a buscar a la vecina Tití.

—¡Chiquilla, qué has hecho! —la reprendió— ¡Que le va a dar una indigestión, y el melón produce diarrea!

Y eso fue lo que me ocurrió. Durante unos días estuve empaçada y con una gran descomposición.

Mi hermana Carmen me cuidaba y me llevaba a todos los sitios como si yo fuese su muñeca, colgada en la cadera. Me llevaba cual mochila, y nunca me quería dejar sola.



MI BAUTIZO

A mi madre se le daba muy bien el bordado y cuando estaba embarazada de mí, pasó un tiempo trabajando en la calle Santo Domingo de Puerto Real, en casa de un hijo del almirante don Pascual Cervera Topete, conocido porque mandó la escuadra española que combatió con la americana en el combate de Santiago de Cuba. Se llamaba don Ángel Cervera Jacome y llegó también a ser vicealmirante de la Armada, y que había acompañado a su padre como ayudante en aquella trágica batalla.

La esposa de don Ángel, doña Rafaela Cabello Bernabéu, falleció en Puerto Real el 22 de agosto de 1950, a la edad de 76 años. Yo nací unos meses después, y como en aquella época era normal poner el nombre a los recién nacidos en honor y memoria de algún fallecido, a mí me pusieron como primer nombre Rafaela. Una razón poderosa para que me llamaran así fue también que don Ángel, agradecido con el trabajo de mi madre, pagó mi bautizo y dejó una carta indicando que si él moría, nunca faltase comida en nuestra casa. Pero murió en Puerto Real el 18 de septiembre de 1953, con 85 años, y nada había que hacer por nosotros aún.

PUERTO REAL EN LOS AÑOS CINCUENTA

Si una historia sólo puede transcurrir en un tiempo y en un lugar, la mía no podía comenzar en otro espacio que en mi Andalucía querida, concretamente en Puerto Real.

Tanto es mi amor por aquella tierra que mirando al mar, me inspiraba y al escribir en papel se convertía en lo que yo desconocía como poesía.

*Los madroños de mi pueblo,
Los jardines de mi patio
brotando están.*

*La calle Vaquero,
con su torre de la iglesia,
con sus nidos de cigüeñas
junto a la calle Real.*

*Puerto Real chiquito
que te tuve que dejar.
Cuando te visito
mi corazón se desborda como un volcán.
Sufrí tanto,
que nunca lo podré olvidar.*

*Puerto Real chiquito,
el que me dio el salero y la sal
y un corazón transparente como un cristal*

En el tiempo en que yo nací, Puerto Real vivía principalmente de la agricultura —sobre todo cereales, olivos y vides—, la ganadería, la pesca y la extracción de sal. Desde el siglo XVII, hubo un intenso desarrollo de la actividad industrial, especialmente dedicada a la construcción de buques.

Era un pueblo pequeño, y como en todos los pueblos pequeños, una calle destacaba claramente sobre el resto. Bueno, en realidad eran dos, la calle de la Plaza y la calle de los Reyes Católicos, también denominada «calle ancha», por ser la más amplia de Puerto Real. Ambas formaban un nudo que servía para comunicar el mar con las áridas arterias de la población.

El entorno era bellissimo y más todavía con el mar al fondo de la calle. Los vendedores recorrían estas calles con sus alforjas cargadas de pescado y otros comestibles pregonando a los cuatro vientos para ganarse algunas «perras».

Uno de sus extremos estaba marcado por la iglesia de San Sebastián, la más importante, la más grande y además, la más bonita. Y claro, no había puertorrealeño que no quisiera celebrar allí los bautizos, las comuniones y, cómo no, los matrimonios.

El centro era la zona comercial, la milla de oro de cualquier comerciante, y también la zona de los servicios. Había negocios tales como la fábrica de vino de Luis Lloret y el cine del señor Macario, que era el cine de verano, y al mismo tiempo se encontraba allí el pequeño ambulatorio donde se vacunaba a todos los niños (aún guardo la marca en mi brazo derecho). En aquellos tiempos, había además una parada de taxis, muy importante para aquellos pudientes que querían ir a San Fernando o a otras localidades de alrededor.

En espíritu, la calle Ancha no era un sitio de diversión o de juego para los niños. Sólo cuando el cine ofrecía una película de aquellas que todos queríamos ver, se formaban grandes colas que llegaban hasta otra de las calles principales de Puerto Real, la de la Plaza.

El paseo a lo largo de la calle de la Plaza era una de las distracciones de la juventud. Consistía en andar de punta a punta desde el

Desde el día que nació, la vida puso a prueba a la pequeña Lourdes. Y no la dejó ni a sol ni a sombra: la enfermedad mental de su madre, la tuberculosis de su padre, que luego transmitiría a su hermana, el abandono prematuro de la escuela para poder mantener a su familia con sólo 11 años... Esta sería una historia triste si no fuera por la vitalidad, las ganas de vivir y la confianza en un futuro mejor de una mujer que tuvo que hacerse a sí misma pero que nunca, jamás, ha doblado la rodilla vencida por su destino. Apoyada en su ventana, desde la que veía la hermosa bahía de Cádiz, con la inestimable compañía del mar logró superar todos los obstáculos que la vida le fue poniendo en el camino.



DOCE
CALLES

